

LA DAMA DE GAS

Agosto no era todavía un mes apropiado para estar con los ventanales abiertos pero sí para disfrutar del tibio sol que hasta media tarde templaba el cuarto. Ellas estaban en el ángulo, justo frente a la puerta que daba al balcón, mejor dicho que da porque, aunque yo ya no la habite, la vieja casa sigue en pie. Degustando un té, costumbre anglosajona cada vez menos frecuente en estos lados, estaban mi abuela y Enedina, una anciana muy particular. Recuerdo, entre otras cosas, que esta siempre incorporaba a la infusión algún comprimido que extraía de un vistoso pastillero nacarado. Ambas se habían conocido en la parroquia de la Medalla Milagrosa, y si bien Enedina se consideraba amiga de mi abuela creo que el afecto no era tan recíproco.

Era un personaje un tanto extraño, vestía ropas oscuras y pelo recogido con rodete, era una persona que parecía no haber sido joven nunca. No fueron tantas las veces que fue a casa, pero me viene cada tanto a la memoria aquel día en que con mi hermano, talvez producto de una travesura infantil, derramamos la chocolatada que teníamos servida sobre nuestra mesa. Enedina volteó su cara y con gesto adusto nos miró de una manera penetrante, tanto que sus ojos parecieron convertirse en un negro túnel sin fin, como si con su mirada nos absorbiera hacia las profundas aguas de un aljibe. Nos reprendió y a modo de amenaza nos dijo que los chicos malos podrían ir al infierno si no se arrepentían de sus faltas. Acto seguido elaboró una postal del averno, tan descriptiva y convincente que nos dio la sensación que hubiera morado allí.

Este episodio venía a corroborar una sensación que tanto mi hermano como yo compartíamos, había algo siniestro en esa mujer. Aquella noche solo pude dormir tapándome la cabeza con las cobijas, el antiguo cuadro de la virgen rodeada de querubines que colgaba a la cabecera de nuestras camas y que se reflejaba en el espejo

del ropero, nos devolvía una imagen donde los angelitos trasmutaban en pequeños demonios.

Hablamos al siguiente día con la abuela y le dijimos que había algo malo en esa mujer, se sonrió atribuyendo nuestros argumentos a la fantasía infantil, aunque reconoció que era una persona bastante especial.

Su presencia nos producía temor, rechazo, pero a la vez curiosidad por saber quién o que se escondía detrás de esa imagen algo tétrica.

Un día, para nuestro beneplácito, Enedina dejó de venir a casa. La abuela tampoco supo más de ella, dejó de concurrir a la parroquia, no tenía ninguna dirección ni teléfono donde poder localizarla; intuyo que tampoco tenía demasiado interés en saber de ella.

Indudablemente nuestra abuela tenía razón cuando nos decía que nuestra imaginación infantil nos hacía ver cosas irreales.

Ese fue mi pensamiento hasta no hace mucho tiempo, cuando visitando una muestra sobre la historia de la fotografía en la Argentina, vi algo que me conmocionó. Un daguerrotipo de 1885 mostraba la imagen lánguida de una mujer tendida muerta sobre su mecedora de mimbre. Era costumbre en esa época, en las clases pudientes, tomar una última imagen del ser querido fallecido. Lo llamativo de la imagen era su título “Enedina Hemsey Gainza”, podría ser coincidencia, de todas maneras si bien no era un nombre usual no debe haber sido la única portadora de ese nombre en el mundo. Después de tantos años no puedo precisar como era su rostro, pero mi afán de tratar de escudriñar las obras me hizo detener en un detalle que sí me sobresaltó, sobre una pequeña mesita redonda al lado de la mecedora estaba el mismo pastillero que solía llevar a casa. Ahora ya no podía ser casualidad, aunque talvez podría tratarse de un antepasado de ella.

Cuando llegué a casa llamé a Fernando para contarle lo sucedido, pero su memoria también había borrado el rostro de aquella enigmática mujer. Ya no había testigos, solo una certeza, que un día dejó de visitarnos, se fue para no volver, como si se hubiera volatilizado, fue por eso que años después la recordábamos como la “dama de gas”.

A veces me viene a la memoria su imagen, entonces ,como cuando niño, evito mirar al espejo porque temo talvez el verla reflejada como lo que realmente era.